
MI "ESCAPADA"

A

MONT-BLANC

Perdona, amable lector, la pesadez de las líneas que vas a tener la paciencia de recorrer, que son únicamente las impresiones mal traspasadas al papel, de mi diario de excursiones.

A reiterados ruegos de la revista *Pyrenáica*, esta excursión mía aparece indebidamente en letras de molde.

* * *

I. — Historia—Preparativos

Jueves 7 de Agosto.

Ha llegado el momento de la partida. Pero antes, sería conveniente hacer un poco de historia.

Estábamos reunidos en la biblioteca del Centro de San Luis el día de la Inmaculada Concepción del año 1928, Patxo Gruber, Jesús Nebreda y yo, hablando de «nuestro» Grupo Alpino (y creo que este «nuestro» no puede ser más propio), cuando salió la conversación de los Pirineos. Alguien apuntó por qué no podíamos hacer nosotros una excursión por allí, y tomada en serio la idea, aquella misma tarde empezamos con todo calor a estudiar lo que podía ser campo de nuestras operaciones. Nos servía de base los relatos de otras excursiones y un «Bædeker» del Pirineo central que poseíamos.

A los pocos días, y después de consultar a Espel y Sopena, etc., que conocían este terreno, ya teníamos confeccionado el programa, y éste no era cualquier cosa. Pensábamos atravesar el Pirineo central, empezando por Vignemale (Cauterets) para pasar a Gavarnie, subiendo a Monte Perdido y continuar por Bielsa a la Renclusa, después de subir a Poset, para finalmente alcanzar la cima más alta de los Pirineos, Aneto, y regresar por Luchon. En total, 14 ó 15 días de pirineísmo.

Había que ver el entusiasmo que esta excursión nos causaba. En todas partes, a todas horas, no gustábamos más que hablar de ella, y al efecto empezamos a ahorrar. Yo era el encargado de meter en mi libreta las cantidades que cada uno iba ahorrando y que me entregaban para este fin.

La excursión se efectuaría el verano de 1930, o sea el actual por la imposibilidad de reunir fondos para el verano más cercano.

¡Qué ilusión tan grande! ¡Con dos años por delante empezamos a ahorrar!

Pero pasó el tiempo, y por diversas causas esta excursión no iba a llevarse a efecto. Yo me resistía a esta idea y no podía olvidarla, cuando me animaron a formar parte de la excursión que Garbi organizaba a Mont-Blanc por la Costa Azul y París. Me envenené y empecé a estudiar el asunto. Aunque primeramente me parecía muy bien la idea, luego, analizándola seriamente, me dí cuenta que por muchos motivos (el económico principalmente) me convenía más hacer la excursión particularmente. Mi objeto no era el turístico (Costa Azul-París), por reconocerla ya, sino el exclusivamente alpino.

Mis amigos me animaron y hablé con alguno que tenía la idea de ir también; por consiguiente, contaba con compañía.

Encariñado con todo entusiasmo a esta idea, seguí ahorrando, para lo cual no reparaba en privaciones ni sacrificios ¡Cuántas veces he dejado de asistir a un teatro, donde iban mis amigos, por ir haciendo cada vez mayor el montón!»

Pon fin, llega el verano tantas veces suspirado, y triste fatalidad la mía, me encuentro otra vez en «isolé».

Yo no puedo resignarme a no efectuar esta excursión, que ha sido durante tanto tiempo la ilusión constante mía y que me ha costado tantos sacrificios. Después de la fuerza de voluntad y el entusiasmo tremendo que he tenido para ahorrar algo de la «paga» semanal, veo con gran pena que no la podré realizar, por encontrarme sólo.

(Estoy hecho a la idea de ir acompañado y este contratiempo me desanima; más adelante comprenderé, que sólo, se anda también muy bien). Pero me animan y decido ir. Únicamente dudo ante la incertidumbre de no saber si me «llegará» el dinero. Mientras por una fuente de cálculos me salen bien, por otra veo que es una cosa imposible para mí, dados los recursos que poseo. ¡Qué incertidumbre la mía! No tengo datos concretos, seguros, y no sé qué hacer. Mientras unos me animan, otros tachan de locura la idea y me quieren quitar de la cabeza.

Me hablan de miles de francos, y esto me asusta. El obstáculo es la cuestión económica, porque entusiasmo me sobra. Todo preparado ya para la marcha, el pensamiento de que puedo hacer un viaje inútil me hace vacilar. ¡Qué bien sabe mi amigo Laespada la zozobra que pasé yo la víspera de mi marcha, en su casa, cuando analizamos fríamente esta cuestión! Cayó por tierra la ilusión por tanto tiempo mantenida y desistí de ella. El, por consolarme, me decía que más adelante iríamos juntos.

Pero el destino juega con las personas. Salimos de su casa y al pasar por la tienda de Ferrer entramos un momento y le dijimos que en vista de que la cuestión «dinero» no estaba muy clara era mejor dejarlo para más adelante. Entonces él, empieza a sacar datos y tropezamos con una revista que relata la excursión el año pasado realizada por unos madrileños y que resuelve satisfactoriamente la incógnita o fantasma que a mí me echaba atrás.

Ya está otra vez la cosa en pie. No hay que pensar más. Tomo algunos datos y me despido de él, quien me desea buena suerte.

Gozoso bajo con Santhi hasta casa, donde preparo la maleta y la mochila cosa que me lleva muchísimo tiempo. ¡Tengo tantas cosas que llevar!

En casa he pasado muchos apuros temiendo se den cuenta que mi viaje no es el de Lourdes y Pirineos como les he dicho para que estén tranquilos, ellos creen que voy con otros amigos.

Casi no duermo pensando en que mañana marcho. Por fin llega. Me levanto a las

cinco y después de despedirme de mis padres voy a Misa. Quiero empezar bien el viaje, además estamos en la novena de la Virgen de Begoña.

II.—Camino de Chamonix

Ya en la estación de Achuri vienen a despedirme mis buenos amigos Santhi Laespada y Patxo Gruber que han tenido esta atención para conmigo. Un abrazo fuerte, muy fuerte es la palabra más elocuente del éxito que me desean y que yo quiero traerles a ellos.

Muy pocos saben la aventura a la que me he lanzado. Teniendo en cuenta las condiciones en que yo iba, se comprenderá que no sabría si tendría realización, no por falta de voluntad sino por causas imprevistas y por tanto sobraba el anunciarlo hasta a muchos de mis amigos a los que ruego me dispensen y no crean que ellos no son merecedores de mi confianza. Nada de eso. Eran tantas las dificultades que tenía que salvar... Además, por todos los medios pretendía que mi diablura no llegara a conocimiento de mis padres hasta yo llegar a casa, y esto hubiese sido un peligro muy grande y muy perjudicial para mí.

(Gracias a estas precauciones, hasta regresar felizmente, han vivido tranquilos. Este era mi objeto).

En honor a la verdad, he de decir que al encontrarme sólo, en viaje a San Sebastián, sentí un nerviosismo bastante grande. Pretendo leer el periódico y no puedo. Voy hacia lo desconocido y esto me inquieta. Afortunadamente en todo el viaje no me volvió este temor.

San Sebastián ofrece, a pesar del tiempo poco agradable, un aspecto brillante. Sin duda el «permiso» Municipal de que por la calle se puede ir en mallot ha traído mucha gente este año...

El alcalde en el deseo de poner a tono la playa de San Sebastián con otras de extranjero permite ir desde casa hasta la playa en esta forma «primitiva». Hoy las ciencias adelantan...

Llego a Hendaya y recibo la primera contrariedad. El tren de las 2,24 ha partido ya. (Inconvenientes de no adelantar la hora cuando las naciones fronterizas lo hacen y de esto tiene algo de culpa mi madre que como muchas más mujeres, es entusiasta de la hora solar...)

Afortunadamente el siguiente tren, 4,52, alcanza al que tengo que coger en Burdeos y no me desbarajusta el viaje; únicamente paso dos horas muy aburrido en la estación de Hendaya.

La travesía de las Landas, camino de Burdeos, se hace muy monótona por la igualdad del paisaje. Pinos y más pinos han hecho de una región arenosa y esteparia un terreno que produce muchísimos miles de francos con sus industrias resineras y derivados. Actualmente es habitable y sin duda alguna uno de los departamentos que más producen a Francia.

Burdeos 9,19, cambio de tren y me acomodo en un departamento para pasar la noche. Salgo 9,35 vía Lyon. Después de cenar, pasado Mussidan intento dormir algo y no tardo en quedarme dormido, bien es verdad que en todas las estaciones al parar el tren abro los ojos, cosa muy rara pues es cuando mejor se debía dormir.

III.—Paisajes.—Lamartine y su Lago

Viernes 8 de Agosto.

Me espabilo a las seis de la mañana en pleno Mediodía en Francia. Desayuno en Gannat. El paisaje por lo general muy llano, tiene sus encantos y no presenta la aridez de las tierras de Castilla. Este es muy verde, cosa que le aumenta su belleza.

El tiempo sigue sin variar lo más mínimo. Está tan dudoso y «chocholo» como en Bilbao. No deja de preocuparme esto, pues necesito que me haga buenos días para hacer mi objetivo. Me tranquilizo, pues quizá encuentre allí mejor tiempo.

No ha pasado desapercibido para mí las grandes industrias que posee por esta región Francia. Observo que se trabaja mucho.

A las doce de la mañana llego a la estación de Lyon-Perrache, donde me apeo. Pensaba salir de la estación para darme un «tinte» de la capital, pero empieza a llover y no tengo más remedio que quedarme dentro. Como en el Buffet tranquilamente y me entretengo viendo el continuo entrar y salir de los grandes trenes. Es un movimiento fantástico el de esta estación.

A la 1,10 cojo el tren rápido para Saint-Gervais Le Fayet-Chamonix. El paisaje no varía hasta pasado Ambérieu, donde la vía penetra en el Jura remontando el pintoresco valle de Albarine, apretado entre dos vertientes coronadas de grandes escarpaduras calcáreas, semejantes a la depresión de Orduña, pero ésta producida por la erosión del Brevon. Por la garganta de este último nombre entramos en Tenay dejando el valle Alberine, descendiendo al valle de Furans.

No hay pueblo por insignificante que sea, que no tenga dominándolo un pintoresco castillo, cosa que agrega un encanto más al paisaje.

En Culoz dejamos la línea de Ginebra y desembarcamos en el tremendo valle del Ródano, atravesando el río de su nombre y las bastas praderas pantanosas no lejos del canal de Savieres, que lleva al Ródano las aguas del lago Bourget.

Seguidamente llegamos a él entrando por su extremidad Norte, donde, sobre una colina se encuentra el castillo de Chatillón (s. X), que fué la cuna del Papa Celestino IV. La vía costea 19 kilómetros de este soberbio manto azul. No he visto cosa más bonita en mi vida. En la ribera opuesta y dominada por la muralla del Diente de Chat, se encuentra la abadía de Hautecombe, antigua sepultura de los príncipes de Saboya, que fué fundada en 1125 por San Bernardo. Actualmente, y después de diversas restauraciones, lo ocupan los PP. Benedictinos.

No he de olvidar al gran cantor de este lago, Lamartine, a quien sus aguas inspiraron la célebre meditación de «El Lago» y más tarde «Rafael», y a quien estos días han erigido un monumento, colocándolo en uno de los sitios más pintorescos y preferidos del poeta, en el puente de San Inocencio.

Con pena abandona uno este recorrido tan bonito. Poco después llegamos a Aix-les-Bains, la famosa villa termal, conocida por la bondad de sus aguas desde la época romana, y situada en la orilla del precioso lago que acabamos de abandonar al entrar en ella.

Vamos remontando el valle de Sierroz. En Rumilly atrevesamos un viaducto de 40 metros de altura sobre el cauce de Chéran. La vía atraviesa sitios verdadera-

mente pintorescos y multitud de túneles y viaductos donde siempre encuentra uno algo que admirar. Pasado Hauteville, atravesamos otro muy importante, tiene una altura de 90 metros. Vamos cogiendo altura y el continuo bordear de las colinas obliga a efectuar estas verdaderas obras de ingeniería.

En Annecy bajan unos exploradores que piensan pasar unos días a orillas del lago que posee esta población. Con ellos he pasado un buen rato. Del tren no he podido verlo, sintiéndolo mucho, porque son todos estos lagos una cosa preciosa. Este lago de Annecy es algo más pequeño que el de Bourget, tiene 14 kilómetros, de largo, mientras este último llega a los 20 de longitud y 5 de anchura por 100 metros de profundidad, según me dicen.

De este punto vamos subiendo hasta La Roche sur Foron, gozando de un paisaje delicioso. De este lugar se aprecia una vista estupenda, se van mostrando los Alpes bajos. Vemos el Diente de Oche, la Roca del infierno, la Tournette, etc. Mont-Blanc debido al tiempo tan oscuro, no se aprecia, pero sí debajo de nosotros los dos lagos antes citados.

Esta continua distracción me hace un gran bien. Mi ánimo no puede ser mejor, solo me inquieta el tiempo.

IV.—Frio Intenso.—Bajo el Rey de los Alpes

Hemos alcanzado una altura de 580 metros y vamos descendiendo el valle del Arve, para luego volver a remontar a esta misma altura en Saint-Gervais-Les-Bains, donde dejo el tren de vía normal que me ha traído desde Lyon para coger la línea eléctrica de Chamonix y Martigni que me dejará en la villa alpina, después de haber remontado 450 metros que con otro tiempo sería delicioso recorrer. No veo absolutamente nada, llueve más que cuando enterraron a «Zafra».

El tren atraviesa continuamente el rugiente Arve. Acabamos de entrar en el valle de Chamonix, y estando debajo del COLOSO, como estamos, no le vemos por la neblia que nos envuelve. Únicamente al llegar a la estación de Bossons, he podido ver la blancura del glaciar del mismo nombre que baja hasta casi lamer sus caprichosas villas. Da idea de tener una pendiente fantástica, impone.

El viento y la lluvia azotan en las ventanillas del Tren. Estoy completamente descorazonado. Si persiste mucho tiempo así no podré hacer ninguna excursión. Mont-Blanc, ni pretender. Tendrá que hacer unos días buenos para cuando se pueda subir.

¿Será esto un castigo por haberles engañado en casa? Esto me ha dicho una señora que viaja en mi departamento «Que Dios me ha castigado por engañar a mi madre; pues, según ella, el tiempo que está haciendo por esta región es infame y se encuentra muy pesimista del que disfrutaremos». No me quedaba otro remedio que engañarles en casa para poder realizar esta ilusión, que ahora la veo por el suelo, cuando me encuentro en la misma base. Es ingrato este monte, me quiere humillar antes de «probar» suerte.

Son las 8,30 de la noche cuando con mi mochila y mi maleta bajo en la estación de Chamonix, con un tiempo tan malo que en la calle no veo persona alguna. Pregunto por el Hotel de la Industria y me dirijo allí. Me reciben bien, pues les digo soy conocido de Espinosa, que el año pasado estuvo allí. Le recuerdan perfectamente, pero le

crefan muerto, por haber dado algún periódico la noticia de su muerte en el Cervino, de cuya equivocación les saco.

Ceno y seguidamente me acuesto. Son muchos dos días de tren para no desear coger una buena cama. Mi único deseo es que mañana amanezca un día bueno, siquiera para poder ver las «barbas» al Rey de los Alpes. Hace un frío considerable; un termómetro que he visto en la calle marcaba *3 grados*. Me tranquilizo, pues veo que mi cama tiene *tres mantas y una colcha pesadísima*. No me sobra ninguna, me encuentro estupéndamente con todo ese «almacén de paños» encima. Poco después, recordando a los que he abandonado por unos días, me entrego en manos de Morfeo.

V.—Feliz Despertar—Contemplo por vez 1.^a la cumbre de M—B.

Sábado 9 de Agosto.

Al despertarme siento todavía más frío que anoche. El sol brilla sobre la Aguja de Midi, y por fin a lo lejos veo la cumbre de Mont-Blanc. Esto me devuelve el buen humor, pero todavía no se puede cantar victoria; hay gran cantidad de nubarrones.

Desayuno y voy a la Iglesia a pedir protección a la Virgen. ¡Estoy tan sólo!... Después de hacer la novena de la Virgen de Begoña he visitado el cementerio, donde veo infinidad de lápidas de famosos alpinistas muertos en estas montañas. Es una cosa que al hombre más templado le emociona. Estas montañas tan altivas «cobran» este tributo por dejarse dominar. Según leo en la prensa, estos días ha habido varias desgracias. En Rateau han perecido cuatro y en la Tournette otros dos. La prensa se ocupa extensamente de estas desgracias, que este año son frecuentísimas, enumera sus causas y aconseja mucha prudencia a todos los alpinistas.

Delante de la Iglesia católica existe un monumento dedicado a Jacques Balmat, primer escalador de Mont-Blanc. Precisamente ayer se conmemoraba el aniversario de esta ascensión. Tuvo ésta lugar el año 1786, después de 26 años de tentativas efectuadas para ganar el premio que tenía ofrecido el profesor Saussure al que estableciese la mejor subida. Él, el 3 de Agosto del año siguiente consigue subir con el mismo guía por el camino trazado por éste y considerado como el mejor.

En la oficina de los guías veo el reglamento de las ascensiones. Se necesita un guía y un «porteur» (500 fr. y 350 respectivamente) para la ascensión de Mont-Blanc. Doy mi nombre para que me avisen si hay algún otro que se encuentre sólo, para formar caravana y de esta forma que me resulte más económica.

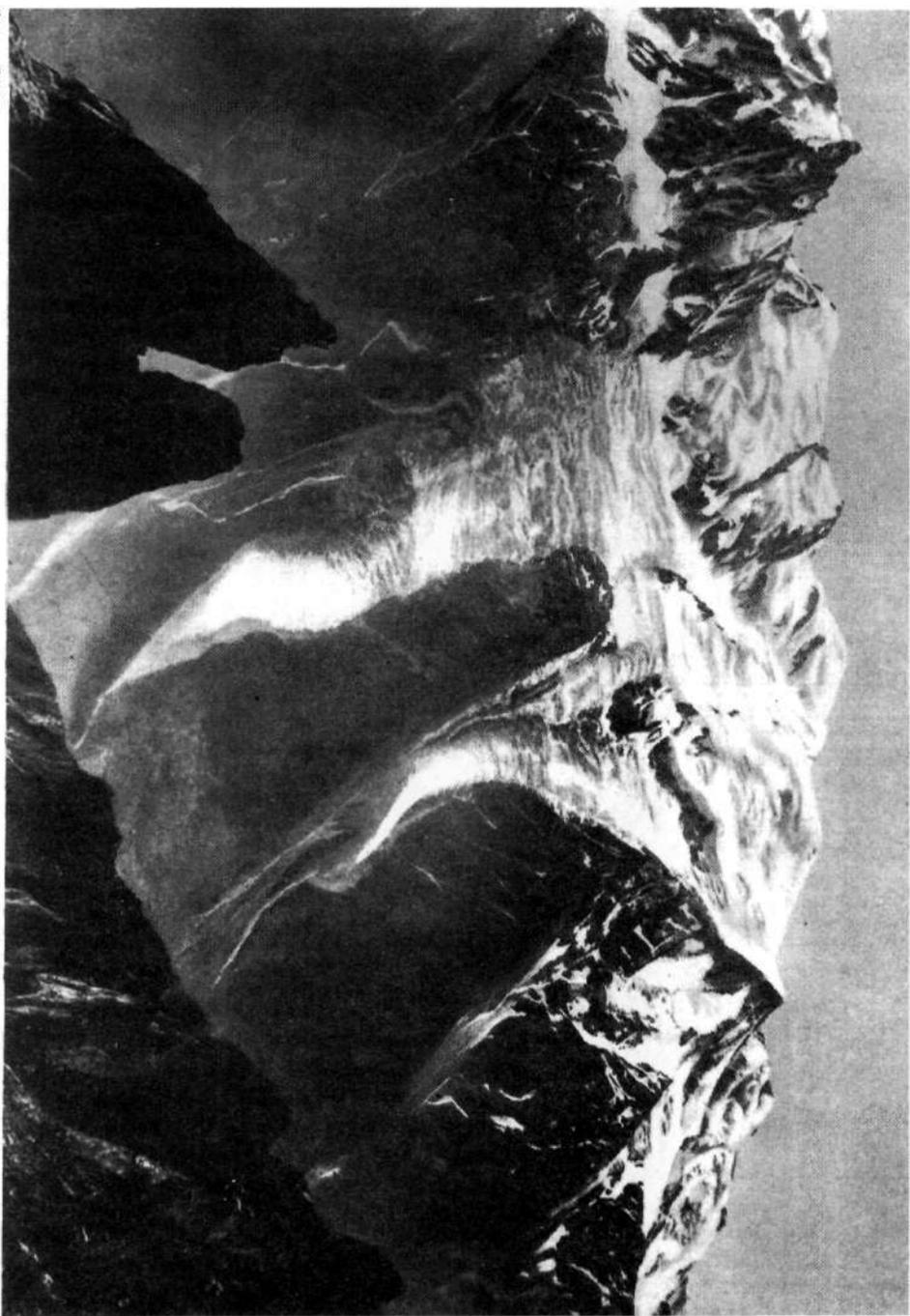
Después he visitado a unos españoles que están establecidos en este pueblo. Son de Palma. Me reciben muy bien. Poseen un importante comercio de comestibles en la Rue Nationale.

El tiempo parece que va mejorando y satisfecho recorro las calles de «petite Ville» por donde pululan tipos de todas clases.

Las orquestas que fuera de los cafés tocan, recrean mi espíritu.

VI.—Pequeño Paseo al Glaciar de Bossons

Después de comer y con mi mochila sobre las espaldas me dirijo al glaciar de Bossons, como medida de entrenamiento. Recorro sitios muy pintorescos siguiendo un



Visia del Mont-Blanc

Aire. Bilbao



Fig. 1. Horn of a bison.

camino todo lleno de indicaciones, donde no se puede perder ni un ciego, todo él entre gigantescos pinos. De trecho en trecho tengo que atravesar torrentes impetuosos donde me gusta refrescarme. ¡Qué agua tan deliciosa es!

Llego al Chalet de Sro desde donde se domina el Glaciar de Bossons. Para llegar a él me veo obligado a bajar gran cantidad de terreno, pues el continuo descenso del glaciar ha formado un cauce tremendo y terminará por «llevarse toda la montaña de la Côte uniendo de esta forma los dos glaciares, el de Bossons con el de Taconnaz. Claro está que esto no lo veremos nosotros, pero que ocurrirá. Vaya un geólogo que estoy hecho...

Atravieso todo el glaciar hasta la cabaña de Bossons en la montaña de la Côte. He sentido una emoción muy grande al pisar por primera vez estas superficies heladas. La travesía la he hecho sin crampones ni piolet, claro está que con múltiples cuidados.

Los guías cobran por esta travesía 15 francos. Descansando en la cabaña he notado un dolor en el corazón que me tiene preocupado. Al agacharme se acentúa. No puede ser mal de montaña porque no estoy en altura de importancia.

VII. Nerviosidad.—Mañana a Mont-Blanc

Regreso satisfecho de la excursión. Me mudo y bajo a cenar. Al terminar ésta me espera una sorpresa. Me presenta el dueño del Hotel, que sabe mis deseos de subir a Mont-Blanc, a un guía de confianza que si deseo me acompañará sin porteur. Ni qué decir que acepto encantado. Quedamos de acuerdo que si mañana sigue mejorando el tiempo, partiremos después de comer. ¡Ha sido tan brusca esta determinación! Me veo ya camino de Mont-Blanc, que estoy nervioso como nunca lo estuve. No puedo parar quieto, casi ni acierto hablar, tan pronto me recuesto sobre la pared como me siento en la silla, etc.

No pierdo tiempo y voy a acostarme, pues necesito de mucho descanso. Descalzándome, noto otra vez un dolor tremendo en el corazón, que ha sido aumentado por el nerviosismo que padezco. Me veo obligado a levantar el pie para descalzarme, pues al agacharme no puedo resistir el dolor. Pienso si este dolorcillo me impedirá subir, pero no quiero mantener este pensamiento. Le doy gracias a la Virgen, que me está preparando tan bien todo, y me acuesto.

En la cama el dolor tampoco se me pasa, estoy acostado sobre el lado izquierdo y me veo obligado a cambiar porque se me hace insoportable. Al poco rato se me hiela la sangre. Oigo los latidos del corazón con una fuerza tremenda. El corazón marcha a una velocidad fantástica. Todo asustado trato de cogerme el pulso en las muñecas y arterias principales, sin conseguirlo. Luego me doy cuenta: el que mete ese ruido rítmico y marcha a esa velocidad no es mi corazón, sino el reloj que tengo debajo de la almohada... Sin comentarios.

Tranquilo me duermo pensando en mañana.

VIII.—Ultimos Preparativos.—En Marcha

Domingo 10 de Agosto.

El tiempo amanece espléndido: estoy loco de contento. Voy a misa de ocho y me preparo bien por lo que pudiera ocurrir. Después de desayunar hago las compras de

provisiones con el guía, pues en Grand Mulet todo es carísimo, y nos limitaremos allí a tomar lo más imprescindible. Llevamos dos panes grandes, media libra de turronec de azúcar, otra de ciruelas pasas, queso, un buen pedazo de salchichón y algo de fruta. Del vino no prescindimos; el bueno del guía ha cogido en el hotel dos botellas de vino Burdeos añejo que me va a salir el pelo cuando tenga que pagar. No me importa si llevo a la cumbre. Me haré la idea que es champán, y así celebraremos.

También me acompaña, como más périto, a comprar crampones y piolet.

Antes de comer ya tengo casi preparada la mochila, que la termino al ir a cambiarme de ropa. No sé lo que hay en ella, pero pesa una enormidad. ¿Ya podré con tanto peso?...

Antes de partir escribo a mi buen amigo Patxo dándole cuenta de que en aquel momento me lanzo a la conquista del Rey de los Alpes.

A las dos y media de la tarde me pongo en marcha con mi guía, después de despedirme del hotelier, que nos desea buena suerte, camino de funicular de los Pelerines, que en una ascensión bonitísima nos sube hasta el chalet del mismo nombre.

Una vez bien colocada la mochila, desprovistos de la chaqueta y remangados, empezamos la ascensión. En este lugar hay muchos «turistas» de pantalón chanchullo nada más, que nos miran asustados, varios nos preguntan si vamos a Mont-Blanc. Yo no sé si podré subir, pero importancia sí me doy. Les contesto con un aplomo tremendo que sí, como aquel que ya ha subido varias veces.

Al de un rato de caminar debajo de la Aguja del Midi llegamos al glaciar de Bossons. A lo lejos me indica el guía dónde se encuentra el chalet de Grands Mulets.

IX. — La Joncción

No necesitamos encordarnos hasta llegar a Joncción, 4,50 tarde, donde continuamente tenemos que salvar grietas y más grietas (crevass). Este lugar, unión de los dos glaciares de Bossons y Taconnaz, es un verdadero laberinto. Por todas partes no se ven más que abismos blancos que tenemos que rodear, saltar y atravesar con mil cuidados, tanteando todos los puentes que se forman, para no hundirse en alguno de ellos. Grietas enormes se forman por efecto del calor y del continuo descenso del glaciar. Se asegura que estos glaciares recorren de 40 a 50 centímetros diarios.

Imponen grandemente los llamados «seracs» (picos de hielo) que se yerguen cual icebergs flotando sobre este mar siempre blanco.

La cuerda con la cual va uno atado por estos lugares, es de cáñamo, de 12 mm. de diámetro y un peso de 58 gramos por metro. Su largura es de 20 metros, cinco por persona, y la resistencia que opone, de 550 kilogramos.

El guía es el encargado de atarle a uno, pues esto requiere cierta atención. Se pasa la cuerda por la cintura y se hace un doble nudo.

Pasamos por tres veces unas escaleras rudimentarias que salvan unas grietas enormes. Por la parte de la Aguja de Midi quizá el camino esté algo mejor, pero según el guía es más peligroso porque caen muy a menudo avalanchas. Efectivamente, poco tiempo después oigo un ruido algo así como el estallido de un trueno. Es un alud que se precipita al glaciar desde la Aguja del Midi. No es el último que vemos en la tarde. Una caravana compuesta de dos profesores de París con sus correspondientes guías, perecieron el otro día en el Rateau alcanzados por un alud.

No se trata de una cosa insignificante, cae nieve por toneladas, por efecto de la erosión del viento por su parte baja. La nieve que el invierno se va acumulando por estos lugares alcanza, según datos, en una altura de 3.000 m., los 50 m., y hay que tener en cuenta que se va acumulando todos los años, porque esta altura pertenece a la región de las nieves eternas. ¡Qué será lo que caiga en la cima a 4.800 m!

Según vamos subiendo las grietas desaparecen. Cada vez es mayor la pendiente. Resulta muy fatigosa la marcha por la blandura de la nieve que es muy reciente, y que nos hace resbalar con frecuencia. El guía no juzga conveniente ponernos los crampones. Solamente me indica el modo de evitar los continuos resbalones. Golpe duro y de medio lado, nada con la punta. Pobres pies, no voy a poder mañana con ellos.

Nos cruzamos con tres caravanas de italianos, que bajan de Mulet, donde llegamos nosotros a las seis de la tarde. No hay nadie, somos los primeros que subimos hoy de Chamonix. Este Chalet-Hotel des Grands-Mulets, como pomposamente le llaman, está situado sobre una rocas de gran altura llamadas Rocas Blancas o Grandes Mulos, que emergen del «Valle Blanche», debajo de pico Wilson. Estas rocas por la dirección deben corresponder con la montaña de la Côte, que antes llegaría hasta aquí, y quizá más arriba, pero el continuo arrastre del glaciar, como he dicho antes, ha dejado como unas islas, estas rocas en el centro de este mar de hielo.

Todo él es de madera y semeja por fuera desde lejos, una caja en la que vienen los automóviles. Su construcción es completamente sencilla. Para llegar a él hay que escalar unos cuantos metros de roca, desde el glaciar, y es tan malo su acceso que para agarrarse existen unos alambres a lo largo de la subida sujetos por unos gruesos clavos. Está situado a 3 050 metros de altura.

Tiene a su alrededor un balcón, del que pende una bandera tricolor. También hay un buen foco, con su correspondiente depósito de carburo, que no sé si será para alumbrar a los que suban de noche o para enfocar a Chamonix. Está sujeto en esta dirección.

La vista de este balcón es estupenda. A nuestros pies tenemos el caos que hemos atravesado, y más abajo, prolongándose hasta el fondo del valle, el glaciar de Bossons. En Chamonix empieza a encenderse las primeras luces. Al cuidado de este chalet hay un matrimonio con un chico y otra mujer. Consta de planta baja y primer piso. En la parte baja está la cocina, el comedor de los «turistas» y el de los guías, y unos cuantos cuartos. En la parte superior los demás dormitorios y el general de los guías de dura tabla.

El cuarto que me han designado a mí tiene tres camas de madera. Desde la ventana veo divinamente la cumbre de Mont-Blanc.

Alrededor de estas rocas se alzan la Aguja de Midi, Mont-Blanc de Tacul, la Aguja de Saussere (estos dos últimos llamados Montes Malditos), detrás Mont-Blanc con su cresta completamente pulimentada, Dome du Gouter y Aguja de Gouter, que parece tutelan a esta casetita, pues todas están alrededor de ella.

Llega una señorita norteamericana con su guía, más tarde un japonés y un inglés, al poco rato unos franceses.

El comedor está muy animado con tanta gente. En él veo un gramófono con la placa de «Ramona» en disposición de darle vueltas, pero afortunadamente a nadie se le ocurre tocarla. Tiene que resultar en este lugar desagradable el oír esta clase

de «sinfonías» cuando aquí existen incomparables en el rugir de la nieve al deslizarse y en el fragor de la tempestad.

Ceno con mi guía. Hemos tomado una sopa (potage) caliente y algo de carne. Todo lo demás traemos nosotros. De esta forma, nuestro estómago está en buenas condiciones y nos hemos ahorrado 12 francos que cobran por ocupar la mesa al que no hace ningún gasto, y con ese importe hemos calentado el estómago.

X.—Inolvidable Visión de Mont-Blanc

Antes de las ocho estoy en mi cuarto. Todo el mundo va a acostarse seguidamente de cenar, pues el madrugón se impone. Desde mi ventana veo los últimos rayos del sol proyectarse sobre la cima de Mont-Blanc. No me canso de contemplar tan soberbio espectáculo. La reluciente cumbre cambia continuamente de color y sus tonos son tan bonitos, que pasa el tiempo sin yo darme cuenta, hasta que por fin queda envuelto en una especie de tenue oscuridad. Mientras contemplaba la cima que tanto ansío coronar, pienso si podré llegar allí. Está tan alto aquello... Se confunden la pureza de la cima con el cielo.

Yo por ahora me encuentro bien. Lo que no sé, es si saldré bien de todos los peligros que me faltan, o si podré resistir la depresión de la atmósfera, que a tantos les aniquila.

Engraso bien las botas, para combatir la humedad y me acuesto.

XI.—Hacia la Cumbre

Lunes 11 de Agosto.

Me despierto a las doce sobresaltado por unos ruidos tremendos. Todo asustado me lanzo a la ventana pues supongo que es el viento el que mete esta bulla, y por consiguiente el tiempo habrá cambiado, pero me tranquilizo pues veo que luce una luna llena hermosísima, y el tiempo no puede ser mejor. El motivo de los ruidos es el desprendimiento de los aludes, que en la soledad de la noche me han despertado. ¡Qué fragor más tremendo no meterán, que me han despertado a mí, cuando suele ser necesario sacarme de los pies de la cama para despertarme!

Me he desvelado por completo. No puedo dormir de nuevo, a pesar de la necesidad de descansar convenientemente, para estar mañana, mejor dicho, luego, en forma.

Pasa algo más de media hora, cuando noto algo de movimiento en el Chalet y al poco rato llaman en mi puerta. Es hora de levantarse. Creo que es el día que menos me ha importado dejar el lecho, a pesar de haberle hecho poca compañía.

Bajo al comedor, donde desayuno con mi guía. El día se presenta, excelente para la escalada y todo el mundo se ocupa de prepararse. Mi guía me coloca los crampones después de haberme puesto un calcetín por encima de las botas, que a la vez de preservar de la humedad, permite que no resbalen los clavos de las botas con los crampones. Antes de salir del Chalet nos acordamos, esta vez en caravana de a cuatro. Yo llevo como compañera a la señorita norteamericana.

Los guías no hacen más que advertir que no pisemos la cuerda con los crampones en nuestros movimientos dentro del comedor, pues un agujero podía ser fatal en una «glisade».

Todas las caravanas nos ponemos en marcha a la misma hora. Son las dos en punto de la madrugada. Bajamos al glaciar con múltiples cuidados pues con los crampones se anda muy mal por la roca. Aunque la luna brilla en su plenilunio y por efecto de la blancura del suelo se ve bastante, llevamos faroles que portan los guías. Vamos por este orden. Mi guía, la señorita norteamericana, este trotamontes, y el otro guía.

La nieve que ayer a la tarde en sus primeros centímetros estaba tan blanda, está ahora durísima y con los crampones se sube muy bien. Este artefacto tan práctico en estos sitios, entorpece mucho los movimientos, pero como la marcha es lenta y rítmica se va bien con ellos. Vamos subiendo la fuerte pendiente que se forma debajo de pico Wilson, donde vemos una tienda de campaña. Les gritamos y al poco rato nos contestan los habitantes de ella. nos desean buena suerte. Son dos muchachos que llevan varios días.

Todos pisamos en el mismo sitio, y siempre llevamos el mismo paso. De esta forma la marcha es mucho más efectiva. Hasta las 3,15 no hacemos el primer alto, que es brevísimo. Yo más bien noto calor que frío por ahora. La dura pendiente le hace a uno sudar.

Las caravanas se distancian algo unas de otras, y es fantástico contemplar los faroles que llevan. Se ve unas luces arriba de la cabeza de uno, y parece mentira que se pueda ir subiendo por estas «paredes». Nadie habla una palabra. Yo me encuentro e estupéndamente, a pesar del poco descanso y tengo unas ganas de cantar tremendas.

Mis pulmones responden estupéndamente, en estas durísimas pendientes de hielo, donde va uno haciendo escaleras al subir.

Este reconcentramiento en uno mismo, me lleva allí, donde todos mis afectos y cariños reposarán tranquilos de las faenas del día, bien ignorantes de donde me encuentro yo.

Vamos por debajo de la Dome de Gouter, desde donde veo, encima de nosotros gran cantidad de hielo en disposición de desprenderse y me acuerdo de las avalanchas de esta noche. Antes marchaba bien, en este momento tengo alas en los pies. No deseo más que pasar pronto este lugar peligrosísimo. Apretamos el paso.

La señorita empieza a cansarse. El guía le anima a continuar hasta Grand Plateau pues pararse aquí constituye una temeridad. Llegamos a él a las cinco de la mañana (4 hora solar). Está amaneciendo. En la vertiente Italiana dará el sol ya. Este lugar forma una gran explanada debajo de la Dome de Gouter, del refugio Vallot, de la cima de Mont-Blanc y de Mont Maudit, y está situado a 3.926 m. de altura. Hacemos alto y tomamos algo de alimento, yo me limito a tomar the y coñac. El guía no ha necesitado más de una vez decirme que chupe turrónes de azúcar. Desde que hemos salido de Mulets, no he parado de tomar. Voy a terminar enseguida con mi ración... Luego me queda chocolate y ciruelas.

XII.--Hace su Aparición el Mal de Montaña

Seguimos adelante. Al poco rato, la señorita que ya venía dando muestras de mucho cansancio, quiere parar de nuevo pues no se encuentra bien. Breve descanso y adelante. De nuevo la señorita se para. Se encuentra cada vez peor. A pesar de la marcha que llevamos, su respiración es fatigosísima. El mal de montaña ha hecho su aparición. Los guías le animan, le dicen que lo que tiene ella le pasa a todo el mundo, que es la

altura, pero el decaimiento de ella es general. No puede ni sostenerse, está en un estado semi-inconsciente. En estos casos lo mejor es detenerse, beber una infusión, por ejemplo, de the muy frío y azucarado y emprender el regreso. Empeñarse en continuar la ascensión equivale a ser víctima de graves accidentes, como asfixia, síncope, hemorragias, etc. El esfuerzo muscular que suponen las ascensiones es soportable a condición de no convertirlo en fatiga por exceso.

En nuestro caso, los guías convinieron en que era lo mejor llegar al refugio Vallot, donde podría descansar adecuadamente.

Yo tampoco no estoy libre de los efectos de la altura. Tengo un dolor de cabeza muy punzante, pero esto no me impide marchar bien.

Continuamente vamos prodigando alientos a la señorita para que llegue a Vallot. Ella no ve ni donde se encuentra. Tiene los ojos casi cerrados. Por la fuerte pendiente del Col du Dome va materialmente a cuestras del guía. Estamos a 4.240 m. En este lugar nos envía los primeros rayos el sol. La superficie aquí está completamente pulida y dura. Sopla fuerte viento.

Hasta alcanzar el refugio, la pendiente es algo pronunciada. Llegamos a él a las 7,15. Está situado a 4.362 m. de altura sobre unas peñas llamadas «Rocher des Bosses». Todo él es de madera. Algo más allá está el observatorio que lleva el nombre de su fundador, Vallot, construido en 1898. Este, está cerrado, mientras que el refugio permanece abierto. Encontramos mucha gente en este lugar. Algunos suben ya hacia la cumbre. Esta noche, según me dicen, han dormido siete aquí. Hay alguna otra caravana que ha traído distinta ruta a la que hemos seguido nosotros.

El viento es cada vez más fuerte y helado, nos vemos obligados a ponernos más ropa. Tomamos asiento en un socaire, sobre las rocas, donde Febo nos calienta con sus rayos. Tomamos algo de alimento, yo me limito a comer chocolate, pues he pretendido comer algo de mortadela y lo he tenido que tirar.

Con el descanso parece que la señorita se ha animado bastante. Nosotros le decimos que no se apure, que le acompañaremos hasta arriba.

Desde mi asiento contemplo la serenidad de la cumbre de Mont-Blanc completamente blanca, como el nombre lo dice. Y veo la pared de la primera jiba por donde van subiendo algunos, que es algo serio. Parece imposible que persona alguna pueda subir por allí. Por una superficie completamente dura, helada. El milagro está en los crampones que se agarran muy bien.

Antes de salir nosotros, vemos venir a uno dando gritos. Trae la mano helada. Sus compañeros le sientan sobre una roca, y a fuerza de golpes y frotamientos prodigados sin compasión consiguen entrarle en reacción.

Toda ropa de abrigo que he traído tengo puesta y el viento penetra como si no tuviera, más que la camisa. El pasa-montañas nos resguarda la cara, y de los efectos de la refracción de la luz nos preservamos con gafas ahumadas.

XIII.—Vértigo

Así preparados nos lanzamos a las 7,30 dadas, a la última parte de la ascensión. Un declive suave y ya estamos en la primera jiba de los famosos «Bosses du Dromadaire». Da miedo pensar por donde tenemos que subir. Son 150 m. casi rectos los

que tenemos que salvar para subir esta primera «fila». A sus dos lados (subimos por la arista) arrancan unos profundos glaciares que mirar su fondo da verdadero vértigo. La señorita no hace más que ver ésto, cuando se pone otra vez mala y no precisamente del mal de altura a mi entender. Ella y su guía regresan a Vallot.

Es lo mejor que ha podido hacer, pues más arriba ésto hubiera sido fatal.

En esas condiciones el ir por estos lugares constituye un peligro grandísimo para todos. Aún en buenas condiciones todos, yo me he preguntado, si no sería más prudente ir por separado, pues la «glissade» de uno solo de los componentes de la caravana, puede precipitar con él a todos los compañeros, a un abismo de éstos.

La fría razón aprueba ésto, para no exponer inutilmente vidas humanas. Pero algo dentro de mí se subleva contra este pensamiento. Es el espíritu de solidaridad y los sentimientos de sincera amistad que deben unir estrechamente a aquellos que van juntos a la montaña.

Sí, hay una obligación moral de estar unidos los unos a los otros y de prestarse mutua ayuda. Y es indiscutible que la cuerda que le une a uno a los demás miembros de la caravana, constituye un sostén moral para todos, y principalmente para mí, poco habituado a este terreno.

Suben detrás nuestro, dos, con los que nos encordamos. Somos otra vez cuatro. Son de distinta caravana, sus compañeros no pueden subir. Uno es de Chamonix y el otro es un alemán.

Para resguardarnos del violentísimo viento que sopla, subimos por la parte Italiana. Es algo serio la subidita esta. Una pared lisa, para subir la cual tenemos que ir haciendo escaleras con el piolet y completamente encorvados para con nuestras cabezas a modo de quilla hacer frente al furioso viento. Es terrible mirar lo que tenemos por fondo. Es el glaciar de miasje, que está 2.000 ms. debajo de nosotros. Un resbalón aquí, y ya se ha perdido todo para nosotros. Con múltiples cuidados subimos hasta salir a la arista que divide la vertiente Francesa e Italiana. Pasamos la segunda jiba, algo menos escalofriante que la primera.

Se nos va mostrando un gran panorama pero todavía no podemos ocuparnos de ésto, tenemos que ir con todo el interés reconcentrado en el sitio que pisamos.

Ahora pasamos a la parte francesa que no da tanto vértigo como su contraria la italiana, para salir otra vez a la arista divisionaria, donde nos cruzamos con una caravana que baja. No cruzamos ni una palabra con ellos. ¡Es un lugar como para pedirle a uno dos pesetas!

Una ventaja que tenemos por estos lugares es la libertad de movimientos. No traemos las mochilas que han quedado en Vallot tomando el sol. Casi le cogemos con la mano la a cumbre ya. El sol nos da de cara y parece que nos espera en la misma cumbre, nos ciega a pesar de las gafas de color.

XIV.—Satisfecho de mi Tesón-¡Estoy en la Cima del M-B.!!

Son las 9,45 de la mañana cuando nos encontramos en la cúspide máxima de Europa, 4.807 metros de altura. Esta no presenta los cortes pronunciadísimos que tiene la arista que hemos tenido que subir, por el contrario es redondeada y de una bondad tremenda, da la sensación de que se encuentra uno en Gorbea. Claro es, esto lo pensaba yo sólo, puedo apostar el gazñote.

Nos abrazamos todos. Hemos efectuado felizmente la primera parte de la excursión. Salen de mi pecho unos hurras potentísimos, con los que saludo a mi querida Euzkalerría, a mi muy mío Aldatz-Gora, al Athletic, a la Federación Vasco Navarra y a mi Tasita de Plata... Estoy orgulloso de haber contribuído con mi esfuerzo a levantar el prestigio alpino de mi pueblo. poniéndolo a la altura del alpinismo internacional. ¡¡Gora Aldatz Gora!! ¡¡Goraaaaaa!!

Estoy poseído de una emoción tremenda. Me encuentro sobre el Rey de los Alpes. Casi no lo puedo creer. Esta vida es un relámpago. Cuántas cosas han pasado antes de yo poder realizar ésta idea y salvándolas todas me encuentro ya sobre lo que era la contnua obsesión mía. Ya estoy satisfecho. Yo que creía que este día nunca llegaba.... Este es el momento que he llegado más cerca del Cielo, en el sentido material, claro está.

El campo de visión desde esta cumbre alcanza la fantástica cifra de 240 km. de radio, 200.000 km. cuadrados. Es el día tan claro y espléndido, que las vistas son tremendas. En Suiza se destaca claramente el Cervino, Monte Rosa, (que le sigue a Mont-Blanc en altura con sus 4.638 m.), en fin toda la cadena de los alpes, franceses, suizos e italianos. La grandiosidad del lago de Ginebra o Emman se ve claramente. Por la parte Italiana vemos el Gran San Bernardo famosísimo por los grandes servicios que el invierno presta a los que se ven obligados a pasar por sitio tan peligroso. Más cerca vemos la Aguja del Gigante, Aguja Verde y Dru, Aguja de Jorasses, debajo nuestro, Aguja de Midi, Montes malditos, Dome du Gouter, etc. Y en el fondo del valle, Chamonix, desde donde los curiosos seguirán nuestros movimientos con potentes telescopios que hay por la calle al efecto. Algún burgués barrigudo habrá dicho a su histórica consorte, que cuánto nos cuesta subir, bien ignorante de lo que son estas «jibitas» de ratón, digo de «elefante».....

No me canso de contemplar este vastísimo panorama que desde aquí se domina. En la cumbre no queda nada del refugio-observatorio construído por el profesor Janssen el año 1892. Solo hemos encontrado unas botellas, vacías por supuesto, que habrán dejado los que nos han precedido, y que pronto quedarán enterradas, para al cabo de 40 o más años aparecer en la terminación del glaciar cerca de Chamonix después de un descenso asaz funeral. Es sabido que los glaciares tienen movimiento, y en su descenso, éstos de Bossons y Taconnaz, se calcula que recorren 40 a 50 centímetros diarios.

Esta cordillera de los Alpes de forma semicircular que separa la región Italiana de la Francesa al N. O., se divide en tres partes principales:

1.ª Alpes Occidentales o Marítimos, que se extienden en forma de arco desde la garganta de Cadibano en el Golfo de Génova, hasta el macizo de San Gotardo, donde tienen nacimiento dos de los ríos más importantes de Europa, El Rhin y el Ródano. El primero entra en el lago de Constanza y baña luego Suiza, Alemania y Holanda, desembocando en el Mar del Norte, después de un recorrido de 1.350 km. El segundo forma el lago de Ginebra, entra en Francia, recibe al Saona en Lyon y desemboca en el Mediterráneo, en Arles.

2.^a Alpes Centrales, que se extienden desde el macizo de San Gotardo hasta el Maloya, formando ellos la cordillera que divide las aguas de Europa.

3.^a Alpes Orientales, separan las regiones germánica e italiana, se dirigen al N. E. hasta el Pico de los Tres Señores y luego hacia el S. E., formando una curva tortuosa de 650 km. poco más o menos de extensión. Declinan gradualmente hacia el Adriático, sin tener el aspecto de una muralla cortada como las precedentes.

Esta cima, la más elevada de Europa, está situada en Francia, departamento de Alta Saboya, en el llamado macizo de Mont-Blanc, de los Alpes Occidentales o de Saboya. Lindante con Suiza (Valais) y como Italia (provincia de Aosta) forma parte de la enorme arista entre el Valle de Chomonix o del Arve y el Dora Baltea, en Italia.

La cadena principal asciende formando infinidad de picos y agujas de los cuales los más importantes son: A. de Tour 3.450 m., A. Verde 4.127 m., A. de Midi 3.834 m., Dome du Gouter 4.331 m., A. de Byonnassay 4.066 m., A. d'Argentiére 3.907 metros., M-B de Tacul 3.249 m., A. de Saussere 4.492 m., etc.

Aproximadamente desde los 2.700 m. de altitud, esta cima está cubierta de nieves perpetuas y en su macizo se forman inmensos glaciares que descienden por sus laderas hasta el valle, y cubren 28.250 hectáreas, más de la mitad de la ladera Francesa. Los más importantes son: Glaciar d'Argentiére, Glaciar de Géant, Mer de Glace, Glaciar de Bossons, los cuales desaguan en el Valle de Chamonix, Glaciar de Trent, Glaciares de Salanaz de la Brevia y de Miagge que descienden al Valle de Dora Baltea.

El aspecto de este Coloso visible desde las larguísimas distancias, es imponente como tal vez no lo haya otro en el mundo, gracias a la limpieza con que se destaca de entre el dédalo de montañas que le rodean.

Actualmente es él, la cima más elevada de todos los alpes, pero éstos han sufrido una gran transformación en las diversas épocas geológicas, que sin duda alguna, donde asientan ahora los montes de escasa importancia, antes serían las cimas más altas.

¡Cuántas satisfacciones da el alpinismo bien practicado! Soy el hombre más feliz de la tierra en estos momentos, y a todo el mundo quisiera contagiar con estas aficiones que reportan placeres y alegrías tan sanas y espirituales. Pero desgraciadamente muchos son los que creen, que el alpinismo no es más que un ejercicio fatigoso que no aporta ningún beneficio, siendo en realidad todo lo contrario, pues bajo el aspecto físico, practicado con moderación y haciendo preceder las ascensiones de importancia de otras más sencillas, lejos de sentirse fatiga se experimenta una sensación de bienestar, contribuyendo el ejercicio y el aire puro de las montañas a la buena salud de los que lo practican.

Y no digamos las satisfacciones de orden moral, que proporciona el alpinismo ante la contemplación de panoramas y bellezas que residen en las alturas, que nunca fueron soñadas por nosotros.

Desde ayer que traspasé la zona de la vegetación, me encuentro en un reino desconocido para mí, donde el hielo y la piedra sólo imperan. Nada subsiste aquí de la naturaleza de allí abajo, me creo transportado a un mundo diferente, desolado y silencioso, pero incomparablemente bello, donde contemplo con emoción profunda las nieves deslumbradoras, que los rayos solares tiñen de multitud de colores, y que rodean los serios y sombríos matices de las rocas, que se destacan sobre el azul purísimo del cielo.

¡Qué bien compensados están los sacrificios que yo me impuse por llegar hasta tí, cumbre tantas veces codiciada! Poco vale todo ello, comparado con los momentos tan felices que tu posesión me está deparando.

Sufre uno, por un ideal, y si éste es noble, todo se da por bien empleado, si se consigue. Esto me ocurre a mí. El conseguir lo que por tanto tiempo y con tanto cariño alimenté, me causa una satisfacción cual nunca la sintiera.

Nunca siento egoísmo, por el contrario siempre quiero para otros lo que tengo para mí. En estos momentos me acuerdo de todos mis amigos, y de lo que gozarían ellos si se encontrasen conmigo en estos lugares tan desconocidos para nosotros. Casi siento pena de ser yo solo el que disfrute de estas bellezas.

XV.—Sentimiento al Abandonar la Cumbre

Una pena tremenda embarga mi ánimo al oír al guía la orden de marcha, para regresar. Que contento me hubiese quedado horas y horas aquí perdida toda noción del tiempo, contemplando este panorama inmenso que se domina desde el que yo llamaré Balcón de Europa.

No hay mas remedio que marchar. Cojo mi piolet y uno detrás de otro encordados nos ponemos en marcha. Antes de abandonar la cima, me trago materialmente con la vista, este vastísimo paisaje, que quizá a pesar de mis deseos no volveré a contemplar más, y doy un salto todo lo que me permiten mis fuerzas para subir todavía más arriba y mirar hacia allí..... donde he dejado tantos cariños.

¡Adiós cima eternamente inmaculada de Mont-Blanc! ¿Volveré a pisar tu blanquísimas cumbre otra vez? Me atraes, me subyugas y creo que sin volver otra vez hasta a tí no podré estar. ¡Adiós cima querida! ¡Que no suban a tí los que no sienten el santo amor a la montaña, para que no tengas que descargar tus iras sobre ellos!

Estamos otra vez en la arista que baja hasta Vallot. Si el subir por ella presenta peligros, el descenso siempre es más peligroso por la posición. Bajamos con multitud de precauciones. La nieve por efecto del sol se halla algo resblandecida, lo que le quita bastante dureza al piso y por el siguiente el pie entra mejor, no resbala en la superficie tan pulida.

Vamos como los chiquillos pisando todos en las mismas huellas. No podemos evitar varios resbalones, que afortunadamente por estar preparados para esta eventualidad, no son de importancia. Esta arista que estamos atravesando, por la parte francesa presenta una entrante o erosión que le mina, el viento y en cuanto se ablande por efecto del sol irá cayendo en grandes bloques. Se arrima uno a un lado y el peligro de deslizarse por el glaciar. Se carga uno sobre esta erosión y le parece que pesa más que «Berrospe» y que puede hacer hundir el piso y rodar.... No es nada tranquilizador este pasaje.

Llegamos a los Bosses y bajamos el fortísimo desnivel que presentan, salvando este lugar tan peligroso sin novedad. El viento ha calmado mucho aquí. Nos aligeramos de ropa. Vallot presenta un aspecto animadísimo. Hay mucha gente. Uno de los compañeros míos, el alemán, se queda aquí, se llama Frédéric Havas, habla español pues ha estado mucho tiempo en Buenos Aires. Subió ayer por Bionnassay con otros amigos pernoctando aquí anoche. Según me dice, estuvieron 7, pasando una noche estupenda.



Arte — Bilbao

El Mont-Blanc, el Midi y al pie, el glaciar de Bossons

(Fot. G. Tairraz)



Al otro muchacho les esperan sus dos amigos para bajar a Chamonix. Estos como conocedores del terreno y de lo que sucede aquí y valiéndose del conocimiento de los guías, han venido sin ellos, siguiendo a las demás caravanas.

Si yo vuelvo con otros amigos (siendo tres o cuatro) o si van otros en este número, es una tontería coger guía. Se puede como han hecho estos muchachos seguir a las demás caravanas, o a las huellas, que siempre las hay.

Descansamos un momento y a las 11,30 nos ponemos en marcha mi guía y yo. Nos siguen formando caravana aparte, los Chamonianos.

La nieve cuanto más bajamos se encuentra en peores condiciones, su blandura en el Grand Plateau es extraordinaria y dificulta la marcha enormemente. Los resbalones están a la orden del día. Los crampones son inevitables aquí. Cada tres minutos estamos en el suelo. Si la subida es fatigosa, esta gimnasia nos agota. Varias veces nos tumbamos al sol sobre la nieve dejando impresas nuestras «formas» sobre el níveo elemento.

En las grandes pendientes «glisamos» y de esta forma tan cómoda y divertida bajamos a una velocidad vertiginosa. Unicamente se nos enfría la *parte* sobre la que nos apoyamos. En esta forma avanzamos un gran terreno, pero hay sitios donde no se puede practicar por existir grietas enormes que nos hubiesen tragado, pues a la velocidad que baja uno, cuesta bastante «frenar». Con pena nos vemos obligados por este motivo a soportar la pesadez de la bajada.

En el Petit Plateau, mientras hemos estado en la cumbre ha caído una gran avalancha de la Dome du Gouter que ha cubierto por completo las huellas de esta mañana. Nos vemos obligados a dar un gran rodeo y caminamos más que aprisa pues el peligro en este lugar es eminente. Donde podemos correr lo hacemos. Si se les ocurre caer a estos «turriones de azúcar» más tarde, nos quedamos aquí con más «algodón» encima que lentejas dan por un duro (valga lo vulgar de la expresión). Lo que ha caído, cubre una extensión tremenda y serán toneladas, lo que pese.

En estos momentos ha venido a mi mente el recuerdo de los terribles accidentes que han ocurrido en este monte. Son innumerables, los más importantes que se cuentan son los sufridos por la caravana del Dr. Hamel en la que perecieron tres guías alcanzados por una avalancha cerca de Rochers—Rouges, sus cuerpos desmenbrados aparecieron en el fondo del Glaciar de Bossons 41 años más tarde, después de haber recorrido 7 km. de distancia longitudinal y 3.500 m. de distancia vertical. Más tarde en el mismo lugar perecieron el capitán Arkwright, el famoso guía Michel Simond y otros dos porteurs enterrados por una avalancha de nieve, sus cuerpos aparecieron 31 años más tarde cerca del Chalet de Bossons. Tremenda fué la catástrofe en la que perecieron 7 componentes de la caravana de J. Bean, perdidos en medio de una tormenta por las condiciones horribles de sus muertes reveladas por el carnet de notas de uno de los componentes. Nadie de esta caravana supervivió. Muertes súbitas, sin duda debidas a la altura se cuentan muchas. Otras debido al frío, como la de M. Nettleship muerto en la Dome du Gouter. Otros precipitados por efecto de una glissade desgraciada en las terribles crevasses. En fin sería interminable este relato macabro. Todos los años paga uno o varios el tributo a este monte y conste que solo me he limitado a los accidentes exclusivamente de Mont-Blanc no de los picos que le rodean. Este año han perecido 8 en los Alpes.

Mas que Blanco debiera llamarse este monte Negro, por la cantidad de víctimas que

ha ocasionado. Para todos tengo un recuerdo y una oración, que para mí no quisiera me faltase

Nos vemos obligados muchas veces a dar frenazos repentinos para evitar precipitarnos en una grieta, bien tirándonos a un lado o haciendo cuña con el piolet. La pendiente y el estado de la nieve dan muy poca seguridad en la marcha. Vamos distanciados uno del otro para en caso necesario prestar ayuda al compañero, y con mucha cuerda tendida. De esta forma dará tiempo al compañero a asegurarse clavar el piolet todo lo fuerte que pueda y bastante profundo, y pasar en seguida la cuerda alrededor del mango del piolet lo más bajo posible en varias vueltas.

XVI.—De Nuevo en Grands-Mulets

Estamos cerca de Pico Wilson y dando vista a Grand-Mulet. Descendemos la fuerte pendiente y llegamos a la base de las rocas en que se asienta este refugio. Este continuo caer y levantarnos nos ha cansado bastante, así que el descanso al sol en el balcón de Grand-Mulet nos ha sabido a poco. Es la 1 de la tarde cuando llegamos. Me limito a tomar una limonada. Estoy asustado de la «esponja» que tengo, es algo tremendo la sed que sufro cada vez con más fuerza.

Hemos encontrado aquí a la americana y su guía que han bajado mientras estábamos en la cumbre, al poco rato marchan.

Contento me hubiese quedado en este lugar tan ideal pero no tengo más remedio que seguir pues aquí le «despluman» a uno sin darse cuenta.

Me despido de la garçon y bajamos otra vez al glaciar. Nos sobra tiempo pues pensamos coger el funicular en Les Pelerins. Sacamos varias fotos que puedan dar idea los sitios que hay que franquear.

Estamos otra vez en la tremenda Joncción. Este laberinto de hielo donde no se ven más que grietas y más grietas custodiadas por los serios seracs, infunde respeto. Pasamos las tres escaleras rudimentarias de ayer. Más vale no mirar a su fondo por que da vértigo mirar donde pasa uno. Lo que no me explico es cómo estas escaleras con la humedad tan grande que tienen que soportar no se rompen un día, pues son frágiles y rudimentarias, acarreado una catástrofe.

Encuentro más peligro al bajar que cuando subimos ayer, pues ahora se va uno sin darse cuenta hasta la misma boca de estas grietas debido a la pendiente. Varios estirones de la cuerda oportunos me evitan varias veces meter el remo. El guía más acostumbrado que yo a este terreno, lo domina mejor. De grieta a grieta se forman una especie de puentes que se suelen hundir al paso de las caravanas, a mí me fallaron dos, quedándome hundido hasta la cintura y sujeto por la voluminosa mochila. La cuerda que me une al guía salva satisfactoriamente estos compromisos.

Es tal el enrevesamiento de este lugar que a pocos metros de distancia de una persona se pueden ocultar varias caravanas sin verlas absolutamente nada. Parece que está uno jugando al escondite. Las formas caprichosas de los seracs y de las grietas iluminadas por los rayos vespertinos se me figuran paisajes de hadas y gnomos nunca soñados.

Por fin después de 24 horas, dejamos de pisar el níveo elemento.

Vamos debajo de la aguja de Midi, caminamos bastante a prisa pues caen confí-

nuamente piedras de la altura. Una de ellas de gran tamaño no nos alcanza debido al fino oído del guía y al habernos resguardado debajo de una gran roca.

Cogemos el funicular a las 6,30 que en un descenso bonitísimo nos deja en la estación de Bossons.

XVII.—Fiebre—Sed

Debo tener una calentura tremenda, la sed me devora y la cara por efecto del sol y de la refracción del hielo tengo completamente abrasada, me hecha fuego.

Llego al Hotel y me mudo. Ya limpio y con calzado más ligero, salgo. Me encamino a la oficina de los guías donde liquido mi cuenta y encargo el certificado de la ascensión. Después voy a la bonita iglesia que se encuentra en la misma calle, donde doy gracias a la Virgen por la protección que me ha deparado en estos días. Rezo el rosario y la novena y voy al Hotel. Paso por los cafés donde las orquestas tocan bellas piezas musicales, recreándome en oírlas. Sentados en sus sillones veo gente burguesa y barriguda, incapaz de ningún esfuerzo, que solo vienen aquí para decir que han visto Mont-Blanc y son ignorantes del esfuerzo y valor de los buenos amantes de la montaña, desconocidos y olvidados por estos seres, en las niveas cumbres de estas incomparables montañas.

Vuelvo al Hotel donde todo el mundo me mira. Debo de estar completamente abrasado y todos saben ya que he subido al Mont-Blanc. Me preguntan con mucho cuidado si estoy fatigado, como si no quisiesen molestarme. No lo estoy, me encuentro bien a excepción de la sed que me abrasa. Me contengo. Desde ayer a la noche no he tomado alimento de fundamento, creí no podría comer ahora nada, pero doy buena cuenta de todo lo que me presentan.

Me acuesto seguidamente satisfechísimo de haber realizado felizmente la ascensión a Mont-Blanc y ya libre de toda preocupación me duermo como es natural al medio minuto. Solo quiero tranquilizar pronto a los que por mí estarán preocupados en mi querido Bilbao.

XVIII.—Me veo Obligado a Suspender Excursiones

Martes 12 de Agosto.

Son las siete cuando me despierto, cosa que me extraña enormemente después de la brega de ayer. El motivo ha sido el ruido que mete una lluvia torrencial que está cayendo. He tenido una suerte loca. El tiempo ha cambiado por completo, hay una cerrazón tremenda. Ya no me apura, tranquilamente me meto otra vez a la cama.

No para de llover y por tal motivo no puedo ir al Mer de Glace y al pico de Brevant, excursiones que tenía pensadas hacer hoy.

Cae agua y más agua durante todo el día. Me entretengo haciendo compras y arreglando la maleta. A la tarde en vista de la pertinaz lluvia voy al «Mont-Blanc-Cinema», donde he visto unas cintas alpinas que me han gustado extraordinariamente.

Estoy asustado de la suerte que he tenido con el tiempo. Si retraso un día más la ascensión estoy perdido, me hubiese visto obligado hacer días y días en Grand-Mulet, como les ocurrirá a los que subieron ayer a la tarde, pues el tiempo no tiene trazas de levantar.

Hoy se celebrán las fiestas de los Guías a beneficio de su Caja de Socorro. Todos los festejos han tenido que suspenderse por el mal tiempo.

Ceno y antes de acostarme recorro las calles de la villa alpina para despedirme de ella. Mañana en el primer tren marcharé. Siento unos deseos tremendos de encontrarme entre los míos otra vez.

Encargo me llamen a las 5,30 pues con la cantidad de sueño que tengo será verdaderamente imposible que yo me despierte.

XIX.—Ultima Despedida a Mont-Blanc

Miércoles 13 de Agosto.

Unos golpecitos discretos a la puerta de mi cuarto me indican que he de abandonar a Morfeo. El tiempo sigue tan malo como ayer.

Hace mucho frío. Recojo todos mis chismes, que no son pocos, y me despido del cuarto tan simpático que he tenido en este Hotel. Es completamente familiar, creí encontrarme en casa en él. A los pies de la cama, sobre un armario, hay un Belén con su niño Jesús, al que contemplan, la Virgen y San José, con los dos consabidos animales al lado. Exactamente igual a mi nacimiento. ¡Cuánto me ha enternecido estos días este Belén! Recordaba yo aquellos días felices de Navidad, de mi infancia, cuando me entretenía con todo cariño en poner el nacimiento, ayudado de mi querida Amatsu, la cual me solía reprender cariñosamente, cuando yo empeñado en cambiar continuamente los caminitos de serrín, le ensuciaba todo el suelo...

Salgo a la calle. Está desierta. Cae una agua helada. Las nubes cubren hasta muy abajo a Mont-Blanc. No puedo contemplarle por última vez. Son las 6,10 cuando salgo en el tren eléctrico para Saint-Gervais. Abandono a Chamonix, que duerme todavía con una pena tremenda. ¡Me encuentro tan en mi ambiente aquí!...

Al pasar por Bossons casi no distingo el glaciar. Me spongo hacia donde cae Mont-Blanc y me despido de él con un Agur que me sale del alma. Este recorrido hasta Saint-Gervais tiene que ser pintoresco en extremo, pero no se aprecia nada.

A las ocho salimos de Saint-Gervais en tren directo para Lyon, por el mismo recorrido que se detalla anteriormente. El tiempo tan malo desluce por completo los bonitos paisajes que pueden admirarse.

XX.—Turismo—Lyon

A las dos de la tarde llegamos a Lyon. Como tengo casi tres horas de espera, aprovecho para darme un «tinte» de la 2.^a población de Francia. Lo primero que me choca es la cantidad de puentes que tiene. Creo que son 25, la mayor parte de ellos, soberbios. Se debe ésto, a que atraviesan por mitad de la ciudad, los ríos Ródano y Saona, que forman una península del centro de la ciudad, al desembocar este último en el primero.

Debajo de la monumental estación de Brotteaux, están cual campamento de gitanos las tiendas y carros de la feria. Lyon está en fiestas y no le faltan las consabidas «barracas». Me llama la atención la cantidad de ellas y la diversidad de cacharros que por todos los sitios veo. La extensión que ocupa esta feria no puede ni igualar a la nuestra bien es verdad que Lyon cuenta con una población que pasa de los 800.000 habitantes.

Esto me hace recordar que en mi querido Bilbao voy a encontrar el mismo espectáculo.

Paso por la bonita plaza de Carnot, donde existe una estatua representativa de la República, luego sigo el curso del Ródano, para más tarde pasar al otro lado de la ciudad. Atravieso el Saona, por el puente de Tilsitt. Me han llamado la atención unas torres de una iglesia. Me encamino a ellas. Son las de la catedral de Saint-Jean, hermosa iglesia del periodo de transición románico-gótico, Siglo XIV al XV. Su construcción fué comenzada el año 1110, habiendo sufrido multitud de devastaciones, sacrilegas. La más desastrosa fué a los pocos años de terminarse completamente, el año 1552, en que las bandas del barón de Adrets saquearon la catedral. Las cincuenta grandes estatuas que decoraban el basamento exterior de la fachada, fueron destruidas los tres tímpanos machacados, los ángeles y los patriarcas de las bóvedas decapitados, y las altas estatuas de los contrafuertes rotas a tiros de arcabuz.

Las depredaciones revolucionarias fueron menos graves. Desgraciadamente, las restauraciones hechas para remediar estos actos de vandalismo no fueron bien comprendidas; ellas atestiguan más buena voluntad que gusto, y son poco en armonía con el carácter general del monumento.

En una de sus cuatro torres de 45 m. de altura, se encierra la «campana mayor» fundida en 1662, de 2 m. 19 de envergadura y 8.000 kgrs. peso. Es una de las mayores campanas que se conocen; según me dice el sacristán o cicerone que me acompaña, da el La bemol, y antes del nuevo mecanismo para tocarla, se necesitaban 16 hombres, para balancearla.

XXI.—El Reloj Astronómico de la Catedral de Lyon

Otra de las atracciones de esta Catedral, es el Reloj astronómico. No se sabe la fecha de su construcción. Se le menciona por primera vez en un acta capitular de 1572, pero seguramente es más antiguo.

Destruído por los hugonotes, fué reparado por Nicolás Lippius, el año 1598, a quien algunos atribuyen su construcción.

Es una verdadera obra maestra de mecanismo. En las horas señaladas cantan y tienen movimiento los personajes que lo decoran.

El sacristán que me acompaña, ha resultado ser español y a él debo la buena comprensión de este curiosísimo aparato.

Este reloj semeja una torre, y en su parte baja se ve un cuadrante móvil que contiene el calendario perpetuo y el almanaque eclesiástico Romano-Lionés, comprendiendo los años 1894 al 1960. Este cuadrante efectúa su vuelta o giro en 365 días, de suerte que todos los días del año, vienen a colocarse sucesivamente en el índice de una mano fijada a la derecha, que indica al expectador el año, el mes, el oficio del brevario, el día de la semana y la fecha del día.

Encima de este primer cuadrante, se encuentra un segundo, llamado el astrolabio (instrumento para observar las alturas, lugar y movimiento de los astros), aparato muy complicado, formado de dos partes móviles superpuestas a un cuadrante fijo. Uno de ellos da el movimiento lunar y otro el movimiento solar. Este astrolabio indica la hora del día, las fases de la luna, la posición del sol en cada estación, la altura de los astros, etc.

En la parte superior de este cuadrante y en una especie de cúpula están los llamados autómatas, muñequitos simbólicos, dotados de movimiento. En el centro del primer piso o balcón, un personaje simboliza el día de la semana y se cambia todas las 24 horas a media noche.

Son por este orden. Cristo resucitado (Domingo), la Muerte (Lunes), San Juan Bautista (Martes), San Esteban (Miércoles), Cristo teniendo una hostia (Jueves), un niño llevando una cruz (Viernes), y la Santísima Virgen (Sábado). A cada lado hay un genio: el de la izquierda tiene un sable y el de la derecha un bastón o batuta de director de orquesta.

En el piso superior, la Virgen arrodillada en un reclinatorio, y al lado de ella una puerta que se abrirá para dejar aparecer al ángel Gabriel. Más arriba, el Padre Eterno en un gesto de bendición y a cada lado, dos ángeles que tocan unas campanas. Más arriba todavía un suizo con su alabarda y en la punta coronando todo el pequeño monumento, un gallo.

Hay horas establecidas en que suena. Estas son, a la mañana, a las 5, a las 6 y a las 12. A la tarde a la 1 y a las 2.

Cuando estas horas llegan, el genio de la izquierda, da vueltas a su sable y el gallo canta tres veces levantando el cuello y batiendo sus alas. Después, los ángeles tocan con las campanitas el himno de San Juan Bautista, y el genio de la derecha, (el director de orquesta) marca la cadencia.

Durante este tiempo, el ángel Gabriel viene a saludar a la Virgen que se vuelve hacia él y se inclina. Entonces el techo se entreabre y el Espíritu Santo, bajo forma de paloma, desciende sobre ella, mientras el Padre eterno bendice tres veces. El suizo circula sobre la galería superior y saluda al llegar al centro.

La escena acaba, los personajes quedan inmóviles, y la hora suena en una gruesa campana colocada en la cúpula de esta torre.

Me ha gustado extraordinariamente este curiosísimo reloj, secular por sus años, y admirable por su precisión.

Toda la Catedral es magnífica, así como sus capillas, donde se puede apreciar las bellas sepulturas con personajes yacentes. Estas son de nobles y cardenales Lyoneses.

Me despido de mi «cicerone» después de la consabida propina y me encamino al funicular subterráneo de San Juan, cercano a esta catedral para subir a la colina de la Fourviere.

Fourviere debe su nombre a un foro romano construido por Trajano (siglo XI) llamado «FORUN VETUS». Este Foro fué destruido el año 840 y con sus materiales se construyó un Oratorio al que se puso torre el año 1643 a continuación del voto de los regidores Lyoneses de «subir a pie cada año a Fourviere, el 8 de Septiembre, día de la Natividad de la Santísima Virgen, para ofrecer un escudo de oro y un cirio votivo» si la villa es preservada de la peste que diezmaba entonces a Europa. Esta tradición se perpetúa a través de los siglos, cada año, en esta misma fecha 8 de Septiembre, (por eso está en fiestas Lyon), y el arzobispo de Lyon da, del alto de la Fourviere, la bendición solemne a los millares de personas estacionadas en los muelles del Saona, debajo de esta colina.

La antigua capilla, no es hoy en día más que un anexo de la nueva Basílica, construida el año 1884. Es de estilo compuesto, a veces bizantino y siciliano, este maravilloso monumento. Solo comparable en belleza a las iglesias romanas. No se me ha pe-

sado subir a verla, aunque por ello he tenido que darme una carrera desenfrenada y por poco no alcanzo al tren.

Tiene cuatro torres octogonales, en sus cuatro ángulos. La fachada principal, es un gran pórtico sostenido por cuatro columnas monolíticas, de granito, coronado por una galería con ocho ángeles cariátides.

Una escalinata da acceso a la Basílica, cerrada por altas y soberbias puertas de bronce; en el centro de esta escalinata se abre la entrada a la cripta.

En el interior la decoración es de un esplendor incomparable. Las bóvedas, son soportadas por 16 columnas de mármol azul de saboya, los capiteles son de mármol de Carrara y ornados con estatuas. En la nave principal las tres cúpulas ofrecen magníficas composiciones en mosaicos. Las vidrieras son de un excepcional valor y los muros ostentan numerosos mosaicos, obras de artistas famosos.

En el altar mayor se asienta, sobre un pavimento de mármol, la estatua de Nuestra Señora. Un espléndido dosel de mármol y de bronce dorado la recubre.

Posee Lyon muchos bellos edificios, que hacen de esta bella ciudad un segundo París. Me han gustado extraordinariamente la Prefectura de policía, el Ayuntamiento, la Bolsa, fundada el año 1506, siendo la primera que existió en Francia, el Palacio de Justicia, edificios todos ellos magníficos, este último forma un pórtico con 24 columnas.

Tan entretenido he pasado estas horas, que para cuando me doy cuenta es la hora del tren. Para alcanzarlo me veo obligado a correr por todas las calles. Llego con unos minutos de anticipación, los precisos para coger mis bultos en la consigna y zambullirme en un coche de *troisième classe*. Si me meto por otra calle equivocado, pierdo el tren. Pero he paseado por esta hermosa capital como si anduviera por el Arenal...

No he terminado de quitarme la chaqueta y de secarme las gotas de sudor cuando el convoy se pone en marcha, camino de Burdeos. Son las 5 menos 5 minutos.

No se encuentra un sitio ni por casualidad. Dejo mis cosas en el pasillo y voy de coche en coche en busca de un rinconcito donde poder *piltrear* esta noche. Lo encuentro y vuelvo a por mis chismes. Paso a un coche, luego a otro y no los veo. ¡Cómo los iba a ver, si estaban sentados encima de ellos cual en magníficas butacas, unos *encantadores* negritos senegaleses que están en tierra tan lejana sirviendo a la «Patria» colonizadora! Muy amablemente les indico que estos artefactos no se usan para sentar en Francia, que esta nación tiene unos buenos asientos en los coches y que cuando éstos son insuficientes es lo más natural sentarse en el santo suelo... Quedan convencidos y me llevo mis trastos.

En los coches no hay sitio ni para moverse. Tengo afortunadamente un rinconcito donde pasar la noche. Es muy desagradable tener que pasar a la fuerza toda una noche en el pasillo.

Anochece pronto. El tren vuela más que corre, todavía quisiera yo correr más, para llegar pronto a Bilbao.

Ceno tempranito al ver el ejemplo de mis compañeros de departamento. No tenemos luz en el coche por haberse roto el hilo conductor. Nos colocan unos tétricos candeleros de petróleo.

A pesar de mis esfuerzos no he podido pegar el ojo en toda la noche.

XXII.—Epílogo—Temor de «Represalias»

Jueves 14 de Agosto.

Llego a Burdeos a las 6,35, con bastante retraso, lo que me impide salir de la estación para darme un «tinte» de la ciudad.

Hago polvo con el desayuno que tomo, los *cuatro francos* que quedaban indemnes de la *razzia* de los franceses.

A las 7,40 salimos camino de Hendaya. Hago conocimiento con unos españoles que van precisamente a Bilbao. Este recorrido, bastante monótono por cierto, lo paso muy bien con ellos.

A la 1 llegamos a Hendaya. Rápido ojeo de los vistas de la Aduana y pasado el puente internacional, ya estamos en España. 1,30 San Sebastián. Siento una alegría tremenda encontrarme tan cerca de Bilbao. Estoy deseando reunirme con los míos.

Aviso a Bilbao mi llegada. Hablo por teléfono con mi padre, que por lo que veo sigue tan ignorante como cuando marché. Me pregunta en plural las cosas y se refiere a Lourdes, lo que prueba que no sabe una palabra. No hay miedo en casa de que me reciban con una estaca. Una vez en ella, ya veré la forma de arreglarlo.

Como y a las 3 salgo para Bilbao. Aterrizo en la clásica estación de Achuri a las 6,20. Yo esperaba encontrar a alguien pero nadie viene a recibirme. Voy a casa donde me esperaba impaciente mi querida amatxu. Unos besos engañosos y le suelto la verdad de mi excursión. Ella desconoce el lugar y solo se asusta de que haya andado solo. Sentado en su regazo le cuento lo que en estos días he visto y salgo más tarde para subir a Begoña a dar gracias a la Virgen por su protección.

Mi padre de quien temía una buena reprimenda cuando se enterase de la verdad, me recibe muy cariñoso, y me dice que está mal lo que he hecho, que si él lo llega a saber me ata con cadenas, etc., pero no llega su enfado al grado que yo me temía... Soy el hombre más feliz salvado este escollo.

¡Qué a gusto he encontrado la camita de casa! Y no digamos nada de la cenita que hoy me ha preparado mi buena amatxu. Feliz de encontrarme entre los míos; me duermo pensando en aquella cima tan blanca, tan inmaculada, tan divina...

Aquí termina lector, la «travesura» que me ha dado el «bautismo» de alpinista, digno remate del concurso de 100 montañas que terminé el pasado mes.

!!!GORA ALDATZ - GORA!!!

!!!GORA!!!

José M.^a de Anzola y Eguidazu

Del Grupo Alpino ALDATZ-GORA de Bilbao
(Sección alpina del Centro San Luis)

Bilbao, Septiembre 1930.

GUIDE TO THE MOUNTAINS OF MONTANA

LEGEND

1. Mountains	2. Towns	3. Rivers	4. Lakes
5. Railroads	6. Highways	7. Forests	8. National Parks
9. Indian Reservations	10. State Capitals	11. County Seats	12. Other Towns
13. Waterfalls	14. Hot Springs	15. Geographical Features	16. Other Landmarks

